

UN MES.

Madrid... 6
Prov. 3 meses... 20

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid... 60
Provincia... 70

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL SPERONARE, por Alejandro Dumas.—Uno id. de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem de la novela FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

LA VIDA HUMANA.

En el catálogo de la Exposición de cuadros del año 1852, se lee en la descripción del dibujo, cuyo grabado verán nuestros lectores con estas líneas, las siguientes palabras:

«Figurar la vida es figurar la actividad bajo sus diferentes formas, es figurar las mútuas relaciones de los dos sexos en distintas edades. Tal es el objeto que se ha propuesto el autor en la composición de que hablamos.

«El joven, de vuelta de su primera escursión por el mundo, deja su barca y sube a la ribera. El hombre y la mujer, en la edad procreta, el esposo y la esposa, le esperan en pie junto al altar, y le ofrecen el pan y el vino, símbolos antiguos de la comida. La mujer tiene en la mano el diapason, y el hombre la regla, origen de la armonía y del compás. El anciano indica al joven con el ademán la pareja en que reside ahora la vida en su mas alto grado de desarrollo. La anciana espera con una emoción contenida al sucesor de la generación que reemplaza la suya. La joven, abrigada aun bajo el manto de la abuela, considera con curioso interés la escena que tiene ante los ojos. El paisaje reproduce el contraste que existe en la vida de ambos sexos. Por el lado del hombre el espacio no tiene límites, y se descubre el Océano; por el lado de la mujer, se ve el valle con su horizonte cerrado, la verdura, la ciudad y el sepulcro.

«Esta descripción tan clara y precisa no deja la menor duda sobre el carácter del dibujo. La escena que estamos viendo y que nos sorprende por una especie de apariencia misteriosa, es el resumen figurado de una doctrina filosófica sobre la vida humana, y particularmente sobre la familia; es un símbolo.»

El catálogo consigna otro hecho que merece también llamar la atención.

El autor principal del dibujo no es pintor ni dibujante: es un talento consagrado al estudio del destino y de los deberes humanos, es lo que se llama un filósofo en el mas bello sentido de

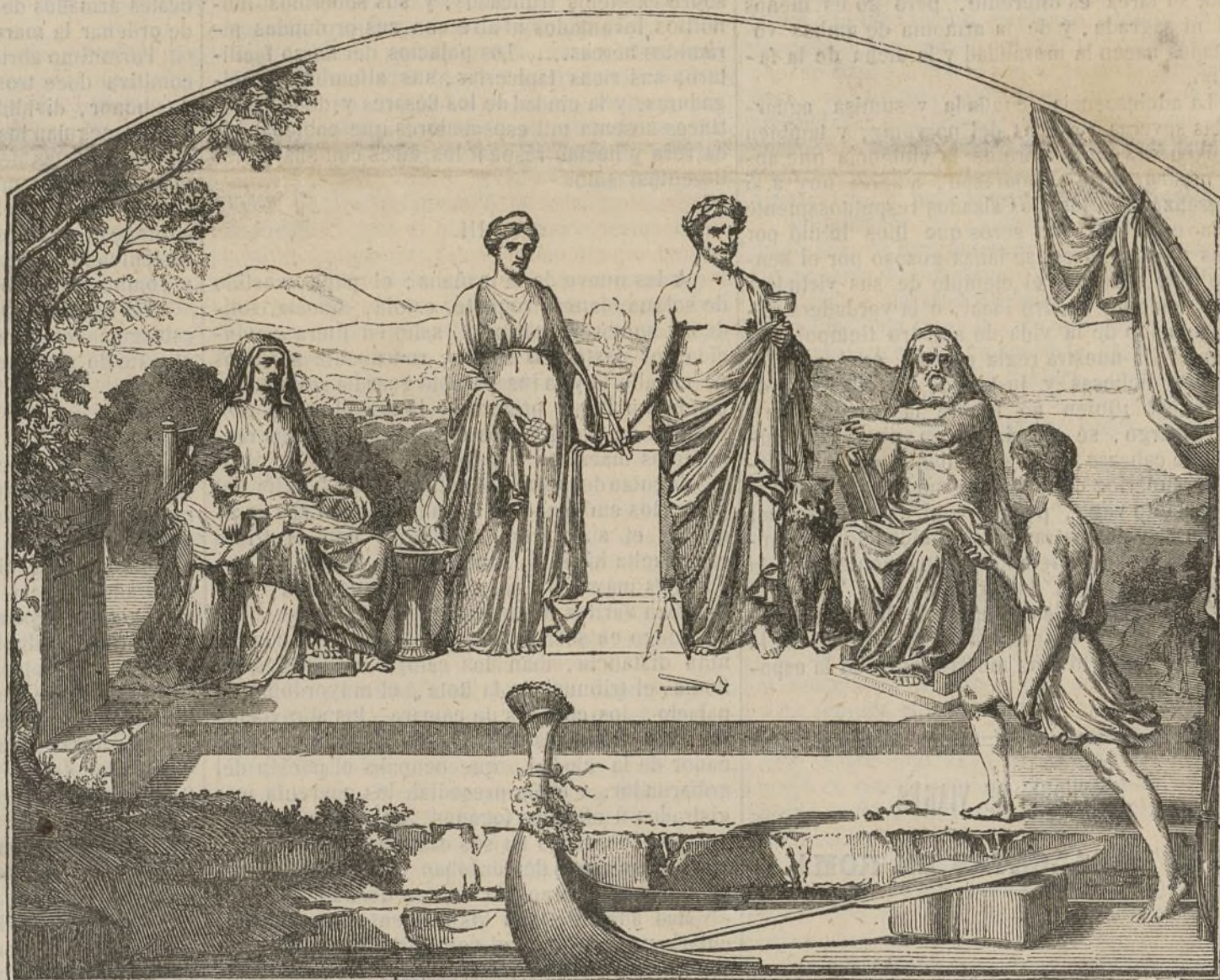
la palabra. M. Gustavo de Eichthal, no solo ha concebido la idea general de la composición, sino que ha imaginado el conjunto y los detalles, dictando a los dibujantes la fisonomía, el ademán, el movimiento en cada uno de los personajes, marcando todas las cosas accesorias y los ornatos, determinando la significación y el valor de las mas pequeñas líneas, sin que un solo rasgo se halle abandonado al acaso ó a la simple inspiración del gusto, y por último ha tenido el talento de llamar en su ayuda a dos hábiles artistas que le han servido altamente para la parte práctica, haciéndose ambos, por decirlo así, su mano y su lápiz, a semejanza de aquellos religiosos que mandaban representar en las paredes de sus claustros los cuadros que habían visto en sus meditaciones estáticas.

El dibujo de M. de Eichthal, aun cuando no fuera la expresión de una elevada idea filosófica, tendría un valor real como obra de arte. Antes de penetrar en el entendimiento gusta a la simple vista. El tipo de las figuras es muy noble; las

atrevernos a indicar aquí lo que puede descubrirse a primera vista.

Supongamos que un pintor haya querido dar la idea de la constitución de la familia en los primeros tiempos de la historia humana: es probable que su cuadro presentaría, con poca diferencia, el aspecto siguiente: como figura principal y dominando las demas, se podría ver un anciano cuya actitud y austera fisonomía manifestase la autoridad absoluta. A la derecha y mas abajo se vería su niño mayor con sus hijos y sus hermanos, inclinados todos en señal de humildad y de obediencia pasiva. A la izquierda, y en escala inferior, podrían estar las mujeres todas, sin exceptuar a la esposa del anciano, tendidas en el suelo, si no prosternadas, sufriendo sin lucha la inflexible dominación del jefe de la familia, aceptando la inferioridad de su sexo sin quejarse.

Tal fué, en efecto, la familia durante muchos siglos y en casi todos los pueblos. El padre tenía derecho de vida y muerte sobre los hi-



actitudes son dignas y graciosas, y un sentimiento tierno, grave y sereno respira en las diferentes fisonomías de este grupo colocado en un paisaje sóbrio y variado.

En cuanto a la idea, a pesar de que se manifieste bastante trasparente en el dibujo, sería algun tanto temerario, a nuestro juicio, el querer juzgarla por entero. La simbólica composición de M. de Eichthal, no debe considerarse de otro modo sino como la portada de un libro donde se verá espuesta la teoría con todos los detalles que requiere el asunto. Así, pues, solo nos

jos. La esposa, comprada como una esclava ó una criada, podía ser repudiada, rechazada del seno de la familia, y arrojada del hogar doméstico, segun el capricho de su amo. El hijo primogénito heredaba la autoridad del padre, y el nacimiento de una hija era considerado como una desgracia ó una vergüenza.

Este sombrío cuadro se ha ido modificando insensiblemente en el curso de la historia. Al despotismo militar ha sucedido la dominación paterna; ya no pesa sobre la mujer la antigua reputación de antes, la protección ha cesado de

ser opresora, la sumisión ya no es abyecta, el terror ha dejado de prevalecer sobre el amor, y por último las relaciones, tanto en la familia como en la sociedad, se han vuelto más humanas y afectuosas.

Estudiada de este modo desde su origen hasta nuestro siglo, la familia humana presenta una serie de modificaciones que se podría figurar en una serie de composiciones simbólicas, análogas a la que ha ejecutado M. de Eichthal para preparar la atención pública a la exposición escrita de su doctrina, la cual constituiría, bajo su aspecto general, una historia filosófica de la humanidad. Esta historia existe, no hay más que saber buscarla. El arte simboliza de siglo en siglo, de generación en generación, la marcha lenta, aunque progresiva, del género humano.

M. de Eichthal, a lo que nosotros entendemos, no viene aquí enseñando o predicando nuevas modificaciones en el seno de la familia; lo único que se propone es interpretar las que ha producido el desarrollo natural de la moral y las costumbres.

La vejez amada y respetada, superior por su larga experiencia, por sus beneficios y por sus derechos a la gratitud, descansa, se acuerda y espera, benévola y dulce, y querida de la infancia, cuya ingenua bondad posee, alienta con su aprobación y fortifica con sus consejos a las generaciones que la suceden.

La resolución y la acción pertenecen sobre todo a la edad madura. Entonces es cuando la vida llega a su más alto grado de desarrollo y de poder; siendo las relaciones más numerosas y más difíciles los deberes, imponen una responsabilidad mucho más grave. En esa mancomunidad activa de prudencia y de amor, la esposa tiene una parte que no es inferior a la del esposo; su tarea es diferente, pero no es menos útil ni sagrada, y de la armonía de ambas voluntades nacen la moralidad y la dicha de la familia.

La adolescencia, confiada y sumisa, aguarda las severas pruebas del porvenir, y también el joven se ve más libre de la violencia que antes pesaba sobre su corazón, abierto hoy a la esperanza. Con los ojos alzados respetuosamente hacia esos queridos seres que Dios le dió por guías y protectores, se lanza gozoso por el sendero iluminado por el ejemplo de sus virtudes.

¿Es este un cuadro ideal, o la verdadera representación de la vida de nuestro tiempo? ¿No es en el día nuestra regla común, esas relaciones más dichosas y justas de las edades y de los sexos? ¿Quién no ignora las excepciones? Sin embargo, se creería que en un crecido número de cabezas, ese sentimiento de la constitución superior de la familia moderna, es todavía bastante vago, por lo cual es útil explicar las causas y demostrar la legitimidad de los cambios que se han operado gradualmente bajo la benéfica influencia del cristianismo. Tal es el objeto de los actuales estudios de M. Gustavo de Eichthal, y sin ninguna duda, su dibujo es la obra que despertó más meditaciones en la exposición.

ESTUDIOS DE VIAGES.

LAS CABALGATAS EN ROMA.

I.

La cabalgata, verdadera demostración del pueblo romano, es al propio tiempo un trasunto imperfecto de las antiguas marchas triunfales, que costaba aquel a sus héroes o a sus emperadores. Solo que, como ha dicho oportunamente un escritor contemporáneo, los papas no han podido arrastrar al carro de esos triunfos, ni reyes cautivos, ni pueblos esclavos; y de ahí ese pálido e imperfecto contraste de la impotencia con el poder. Mas, a pesar de todo, en ciertas ocasiones a primera vista no aparece inferior en pompa y magnificencia ese alarde opulento, que en realidad solo viste opeles. ¿Y qué otra cosa puede ofrecer un pueblo misero, que solo vive del recuerdo de su antigua grandeza?

Hablaremos de la cabalgata que tuvo lugar en Roma con motivo de la exaltación de Mauro Capellari al trono pontificio, bajo el nombre de Gregorio XVI.

El partido servil o teocrático, quiso que esta ceremonia, degenerada ya de su antiguo fausto, se presentase digna del personaje que la motivaba; pero los gremios artísticos, cuyas opiniones no estaban muy de acuerdo con las ideas del nuevo pontífice, no se esmeraron en lucir por su parte la función, que bosquejaremos rápidamente.

Veremos, pues, que esa magnificencia de que se pretende rodear ese género de ceremonias, es solo una pretensión vana del orgullo y del entusiasmo, y que en medio de su pompa deslumbradora campean a veces ciertos rasgos de ridiculez.

II.

Desde muy temprano las campanas del Capitolio empezaron a tocar el alba, con repiques pausados que iban animándose gradualmente, de modo que a la salida del sol doblaban ya a vuelo, atronando su inmenso clamoreo.

El trayecto que media entre el Quirinal y el Capitolio, estaba alfombrado de hojas de arbolado y flores; los donceles de Tísculo, los laureles de Pamphili-Doria, los álamos de las villas Borghesse, los arrayanes y murtas de la quinta Adriana, los rosales del Pincio y Palatino, los arbustos del monte Testáceo, y hasta los olmos y pinos seculares que coronan las cumbres del Vaticano y Monte Janículo, suministraron sus follajes, sus flores aromáticas, sus clemátidas y terebintos, plantados al borde de sus fuentes monumentales, sus estatuas de blanco mármol sobre capiteles truncados, y sus soberbios monólitos levantados al aire con sus profundas pirámides aéreas.... Los palacios del Corso facilitaron sus ricas tapicerías, sus alfombras y colgaduras, y la ciudad de los Césares y de los pontífices sesenta mil espectadores que poblaban la carrera y hacían resonar los aires con sus gritos de entusiasmo.

III.

A las nueve de la mañana, el papa, vestido de sotana blanca, roquete, estola, muceta, solideo y sombrero carmesi, salió en litera conducida por *gestatorii* suizos; rodeábanle soldados de caballería y la inseparable guardia suiza, ocupando un lugar preferente la servidumbre doméstica en sus diversos órdenes y con sus respectivos maestros o gefes.

Seguían después los cardenales, la familia del papa, los embajadores extranjeros con sus agregados, el subdiácono apostólico con la triple cruz vuelta hacia Su Santidad, en medio de dos oficiales mayores, gefes de congregación, que llevaban varitas encarnadas.

Luego en sección independiente, y a convenida distancia, iban los catorce mariscales de Roma, el tribunal de la Rota, el mayordomo de palacio, los clérigos de cámara, los abreviadores, los diputados del pueblo romano y el senador de la ciudad, que ocupaba el puesto del gobernador. A estos precedían los cuarenta magistrados u oficiales togados, que usan mantilla y caparazon negro en sus caballos, con cifras de plata y monturas de cordobán y cobre sin espuela, llevando al arzon la espada desnuda.

Más adelante iban los aposentadores o cubicularios apostólicos, el comisario y fiscal supremos, los curiales consistoriales, los camareros, los capellanes de los parientes del papa, los ayudas de cámara de honor y los participantes, con los cuatro sombreros encarnados que simbolizan los cuatro Evangelios y forman la reserva del pontífice.

A este grupo, que vestía negro rigoroso, precedían los cinco maceros apostólicos, arrastrando sus prolongadas túnicas violadas con perfiles y vivos protestadamente trazados de terciopelo negro, mazas de plata y sartas de malla al cuello. Catorce tambores vestidos de raso carmesi y con la divisa de los catorce cuarteles de Roma, seguían a pie, y a estos un grupo de cornetas y clarines con uniforme encarnado y galones dorados; unos y otros llevaban sobre-

ros adornados de abigarrados chascás y chorrillos de plumas.

Los príncipes y magnates de la nobleza romana marchaban delante montados en soberbios caballos, y rodeados de su servidumbre respectiva, que formaba un verdadero laberinto de libreas y colores, bastante raro e indescifrable. El trazo de aquellos señores ostentaba los atributos heráldicos de sus títulos, cuyos emblemas, cruces, placas y condecoraciones, representaban todos los accidentes del blason.

Varios criados del nuevo papa conducían por la brida lozanas mulas encapazonadas de verde, amarillo y oro, sobrepuestas mantillas recamadas y franjas de tisú, haciendo resonar con estrépito sus collares de campanillas y cascabelles de plata. Detrás de estas mulas el caballerizo mayor, con un gran número de mozos de espuela, cerraban el primer orden de la cabalgata. Antiguamente marchaban delante del caballerizo mayor seis literas forradas de terciopelo grana bordadas de pedrería, y guardadas por oficiales de alta graduación.

IV.

El segundo cuerpo de la procesión iba ordenado de esta suerte.

En primer lugar cuatro escuderos de Su Santidad con mantos encarnados, su sastre de gabinete y dos porta-capas, vestidos del mismo color, que llevaban maletas de felpa, color de amapola, con borlones de oro en sus ángulos; en pos de ellos los maceros de los cardenales montados en caballos tordos, y llevando al hombro las pesadas insignias de su empleo. Los limosneros y gentiles hombres y los nobles titulares con uniforme de gala, y los cabos pontificales armados de lanzas de plata, que cuidaban de ordenar la marcha de la cabalgata.

Por último abrían la marcha a la cabeza de la comitiva doce trompetas y otros tantos ginetes de honor, divididos en grupos de a cuatro, y a estos seguían los porta-capas de los cardenales con las maletas de estos, bordadas de oro y plata y galon de lo mismo sobre terciopelo color de fuego vivo, y de cuyos extremos pendían ricos cordones trenzados, formando cruces de aspa y sosteniendo los escudos, láminas emblemáticas y sombreros pastorales del cardenalato.

Tal fué en bosquejo el orden personal de la cabalgata, cuya marcha triunfal diseñaremos en el artículo siguiente.

V.

El día se presentaba magnífico y el sol radiante, esplendoroso, difundía sus luminosos rayos en un horizonte purísimo y despejado. La ciudad de las siete colinas rebosaba por doquier contento, y el genio indolente de ese pueblo degenerado parecía agitarse por una convulsión galvánica y arrobadora.

La función debía quedar lucida, y más de un agorero, fundado en este precedente, deducía de él una consecuencia propicia: «el reinado de Gregorio debía ser feliz y glorioso.»

A la hora en que escribimos puede apreciarse ya el valor del presagio, porque el nombre de Gregorio XVI no pertenece al registro de los vivos.

Desde el Quirinal marchó la cabalgata hacia el fuerte de San Angelo, que saludó con trece salvas de artillería, y prosiguiendo luego por San Andrés del Valle, ruinas del Panteón, Cesariini y Colegio romano, llegó al Capitolio, en cuyas alturas los hebreos que habitan el Quetho, habían levantado al nuevo pontífice un magnífico arco de triunfo.

Fué aquel un momento de sensible emoción para los que, ajenos de esa pasión miserable llamada fanatismo, solo miran en casos dados los instintos de humanidad y de la civilización más austera y benéfica.

El gran rabino, subido sobre un escabel de piedra, ofreció a Su Santidad sobre una tohalla de brocado, el libro del Pentateuco que contiene el dogma de los hijos de Israel. Obtenida la venia, el gran sacerdote pronunció en lenguaje inspirado y sublime estas palabras en idioma latino:

«Este es, beatísimo Padre Santo, el sagrado

código que Dios todo-poderoso, por mano de Moisés entregó á nuestros padres, para que observaran sus preceptos. Nosotros que descendemos de ellos, y que por lo mismo nos creemos obligados á sus prescripciones, lo presentamos á Vuestra Santidad, suplicándole humildemente que durante vuestro pontificado sea protegida su observancia.

«Que el Dios supremo de Israel haga descender sobre vuestra beatitud numerosos y prósperos días de salud, paz y ventura.»

El papa, que mandó detener la litera y aceptó el homenaje, contestó:

«Respeto la ley de Moisés, porque procede de Dios, aunque no la interpretación que la dais, negando la venida del Mesías, que no creéis, y de quien soy vicario, y por cuya contumacia el soplo de Dios os ha dispersado sobre la tierra.

«Yo os bendigo, rebeldes criaturas, esperando vuestra conversión á la ley salvadora del género humano, pero os advierto que hasta que llegue ese día no hallareis paz ni tranquilidad, ni vuestra cabeza hallará almohada segura donde reclinar. Así os lo advierto en nombre de aquel que está y domina los cielos y la tierra.»

Un clamoreo de vítores por parte del pueblo romano acogió este discurso.

Los judíos se retiraron entonces. Si una impresión produjo en sus fisonomías contristadas la dureza de las palabras del pontífice, fué una resignación pasiva y servil.

VI.

El senador de Roma, vestido con la toga curul y con un cetro de marfil en la mano, presentó á Su Santidad las llaves *in campo*, previo un breve discurso deprecatorio, y la comitiva desfiló entonces, regresando con el mismo orden.

Al pasar por el *Campo Vaccino*, ocupado por las ruinas del antiguo *Foro romano*, una *poverina*, llevada de un celo fanático é imprudente, rompiendo el numeroso y compacto oleage, se arrojó á besar la litera ó silla de manos en que iba el papa, y á pesar de las voces que se le dieron para impedirse, precipitose la infeliz, invadiendo aquella masa movable, y quedando aplastada por los cascos de los caballos.

Nadie pareció apercibirse de aquel desagradable suceso, y mientras espiraba aquella pobre muger destrozada, la cabalgata continuó inalterable su rápido curso por la Cancillería, repasando el Tiber por el puente de San Angelo, cuyo castillo despidió á Su Santidad con una gran salva de cañonazos.

VII.

El pueblo romano había preparado al papa una grata sorpresa, que consistía en un templo de laurel y flores, improvisado en pocas horas á la entrada de la plaza de Monte-Caballo, y que prolongaba hasta el Quirinal sus bóvedas de follajes y sus caprichos de flores exóticas, que una barca de la Sabina había ido trasportando del barrio de Transtevere durante el rodeo de la cabalgata. Los grupos de piedra que decoran la gran fuente monumental que da nombre á la plaza, estaban asimismo adornados de cintas y gallardetes, y el salto murmurante de las aguas resonaba con mayor impulso, reverberando á través de los rayos del sol que marcaba ya la altura del meridiano.

Una gracia pedía el pueblo en premio de aquel obsequio, y en aquel día de solemne regocijo: el indulto de un reo de Estado, á quien llamaban Giacomo Grassi. Su delito era haber gritado: ¡viva la libertad! ¡viva la república!

Este grito sedicioso no produjo consecuencias ulteriores, y sin embargo, el reo fué condenado á encierro perpétuo.

Su Santidad se hizo cargo de la petición del pueblo, y prometió examinar por sí mismo el proceso.

Esta contestación tan vaga no debió inspirar una ciega esperanza al pueblo, que se prometía otra cosa en aquel día de júbilo de un soberano que inauguraba la suprema gerarquía del orbe.

En efecto, tres días después se notificaba al reo que la pena á que se le había condenado, se

confirmaba en revista. En verdad el delito era imperdonable en Roma.

Tal fué la cabalgata de 1831 y sus consecuencias.

J. PASTOR DE LA ROCA.

TORMENTOS DE LA INDIA INGLESA.

En 1826 circularon rumores estraños en Inglaterra acerca de los tormentos aplicados á los contribuyentes en la India. Pero procediendo de tan lejos, fueron poco á poco considerados aquellos rumores como fábulas, y tratados como tales por la opinión pública. En 1855 se renovaron aquellos mismos supuestos, pero con tal insistencia, que se debió pensar en una información, á despecho de las negativas opuestas por algunos ancianos residentes en los principados de Bengala y de Madrás. Afirman que nada había en ello de formal, que no eran mas que rumores ridículos, y que en todo el tiempo de su permanencia, es decir, durante algunos cuarenta años, jamás habían tenido noticia de un solo hecho de esta especie. No obstante, una comisión de cuatro miembros, elegida entre los hombres mas distinguidos y mas integros, se nombró, y puso inmediatamente manos á la obra; diez meses después era entregada al gobernador su información.

Los hechos consignados en ella están probados á la vez por testimonios verbales y por pruebas escritas. Los testimonios verbales son los de los europeos, recaudadores, ayudantes de recaudadores, médicos, sacerdotes, jueces, magistrados y otros funcionarios del gobierno inglés; las pruebas escritas provienen de las mismas desgraciadas víctimas, demasiado separadas entre sí para haber podido entenderse y denunciar iguales atrocidades de una manera también idéntica. Solo en el espacio de cuatro meses, recibió la comisión lo menos mil novecientas cincuenta y nueve quejas y revelaciones de esta naturaleza, tanto sobre hechos de policía como sobre hechos relativos á la recaudación de los impuestos; pero el mayor número pertenecen á la última categoría. Estos tormentos, que recuerdan los suplicios de los mártires, se imponen á los contribuyentes rústicos, á los ryots ó labradores de la provincia de Madrás. En el principio de este nombre, como en muchos otros, la recaudación de los impuestos se hace directamente por los empleados del gobierno, sin la intervención de ningún agente intermediario. Esto dice bastante sobre quién recae la responsabilidad. Preciso es añadir que es tal el sistema territorial, que el desgraciado labrador está á merced del recaudador, ya por lo enorme de sus impuestos, ya por el cultivo de su campo, ya por toda la duración del usufructo. Ninguna esperanza tiene de escapar á esta tiranía, cuyas vejaciones, arbitrariedad y crueldades hubiesen escandalizado á un procónsul romano.

Estas atrocidades no han sido importadas en la India por los europeos; preciso es apresurarse á decirlo, porque ¡ay! recorriendo esos anales de iniquidad y asesinatos, este es el único hecho que se puede invocar en favor del gobierno inglés. No ha importado esos suplicios, existían antes de su dominación en aquellas comarcas, pero después no ha hecho nada para hacerlos desaparecer.

Los tormentos son de varios modos; los principales son el *kittee* ó *cheersta*, y el *anundal* ó *gingeri*. Hacia largo tiempo que estaban en uso, pero parece han sido aplicados con una recrudescencia bárbara de tres ó cuatro años á esta parte.

Según la definición dada por la misma *Revista de Edimburgo*, el primero de esos tormentos es á corta diferencia lo que se llamaba en otro tiempo en Europa cuestión de tormento. Se aprietan con una especie de tenazas de madera las manos del paciente, las piernas, las orejas, á las mugeres el pecho, y en general todas las partes mas sensibles del cuerpo, hasta agotar las fuerzas de la naturaleza, el desmayo ó la muerte de los órganos. En muchas circunstancias que se mencionan; se han machacado las manos de las víctimas bajo planchas some-

tidas á una violenta presión, que se aumenta á veces con el peso de los verdugos que se suben en ellas. En otros casos se han contentado con romper los dedos comprimiéndolos con una violencia excesiva ó volviéndolos hácia el dorso hasta dislocarlos.

La segunda forma del suplico, el *anundal*, consiste en encorvar la víctima hasta que la cabeza toca á los pies; las estremidades así reunidas se atan por medio de una cuerda, se le hace sostener al paciente sobre una pierna, con la otra levantada y atada á su cuello, ó bien le rompen los cuatro miembros para variar el tormento, que depende simplemente del capricho del ejecutor, y se da generalmente como un espectáculo, en presencia del tahsildar ó recaudador, y de toda la aldea reunida.

Los suplicios son tanto mas variados cuanto mas fecunda es la imaginación de los verdugos. Algunas veces se desgarran las orejas del contribuyente á fuerza de estirarlas; otras arrancan los bigotes y los cabellos, haciendo que sostengan todo el peso del cuerpo. Otros desgraciados han sido cogidos y atados con cuerdas que rociaban de agua fría para activar su contracción. El cáñamo penetraba en las carnes, ó hacia refluir la sangre hácia las estremidades, deteniendo su circulación.

Una invención diabólica consiste en suspender á la víctima cabeza abajo, y echarla pimienta roja en la nariz, los ojos y las partes secretas del cuerpo. Pero este refinamiento iguala apenas en dolor físico y moral á la aplicación de un insecto ó de un reptil que se coloca en las partes mas sensibles del cuerpo para lacerar las carnes. En fin, hay algunos tormentos que el autor de este trabajo ha encontrado tan irritantes, que ha retrocedido ante la tarea de referirlos. Me contentaré con recordar, para concluir, que otro medio empleado también ha sido graciosamente tomado del turf, y consiste en lo que se llama la reducción de la carne (*reducing flesh*); es la fatiga hasta la estenuación; la dieta prolongada; una larga privación del sueño, la exposición á un sol abrasador, carreras velocísimas impuestas á la víctima, atada por las manos á un carro del país arrastrado rápidamente.

Un labrador de la aldea de Arimbaucom, llamado Secuvo Rangeviengar, fué cogido con tres compañeros de infortunio; los ataron por medio de cuerdas, pasadas alrededor del cuello, y encorvados hasta tocar la cabeza á los pies. Se les puso una ancha piedra sobre la espalda, y permanecieron en aquella postura, espuestos á un sol ardiente, durante cuatro horas, en medio de un camino, y esto por cuatro veces. El revisador estaba presente.

Venkiah de Ponnamore fué colocado unida la cabeza á los pies, sin poderse mover, y en esta posición recibió el tormento desde las ocho de la mañana hasta las nueve de la noche.

Kismar de South Ariot había pedido un plazo para pagar sus cuotas de contribución. Había enviado á vender algunos géneros á Pondichery, á fin de adquirir dinero. Pero fueron inexorables; el recaudador le hizo coger, golpear de muerte, y en seguida atormentar. Le estrujaron las manos bajo planchas, y los verdugos subieron encima hasta que cayó desmayado de dolor. Se quejó de este tratamiento á un agente de la autoridad inglesa, quien le respondió simplemente: ¡es preciso pagar!

En la aldea de Syadorgum, un agente de policía hizo colgar á un habitante cabeza abajo, y en esta posición mandó le echasen pimienta roja en las narices.

Dos pobres desgraciados, padre é hijo, fueron sometidos á un mismo tiempo al suplicio del *anundal*. El padre murió de sus dolores un mes después. El hijo fué á quejarse de aquella muerte á un funcionario inglés, y no recibió mas que esta respuesta: ¡eso no me compete!

Algunos desgraciados han sido atormentados durante meses enteros. Desde junio hasta agosto se los ha visto espuestos sobre rocas ó arenales quemados por el sol; se les ponía una piedra pesada sobre los riñones, los dejaban ocho horas seguidas en el mismo sitio, y esto casi todos los días.

Una joven y su marido fueron colgados de un tamarindo y golpeados hasta sacar sangre con las ramas de este árbol, en presencia del tahsi-

dar. La madre se quejó al juez, mas ni aun la respondió.

Un labrador de Ariot, llamado Panpoo, sufría el mismo suplicio. Llega su hijo con el dinero necesario para pagar, hace algunas observaciones, le cogen y le golpean hasta arrancarle pedazos de carne.

Casi siempre un agente, armado de una caña, está cerca del suplicio, y le sacude á cada movimiento que hace para cambiar de postura ó calmar sus dolores.

Frecuentemente estos horribles tratamientos son ejecutados por los agentes indígenas al servicio del gobierno inglés, y no por ingleses mismos. Pero la administración los alienta con su silencio ó por la insignificancia de los castigos que aplica á los verdugos cuando las crueldades llegan á ser demasiado escandalosas. Estos castigos son multas de algunos *schellings*, y se cita un solo caso de prision por algunos días. De ahí el odio de los oprimidos contra los opresores, y aun á veces actos de terrible venganza. Un recaudador de las cercanías de Malabar, del nombre de Conolly, fué encontrado en estos últimos tiempos acribillado á puñaladas. Había sido asesinado por los contribuyentes, que en seguida habían emprendido la fuga. Desgraciadamente los puñales habían herido en falso, y la víctima que pagaba por sus cólegas era un hombre justo y bondadoso, enemigo de todas estas violencias. Es preciso añadir que los indios detestan todavía mas, si es posible, á los funcionarios indígenas que á los europeos. Es verdad que estos últimos son mucho menos numerosos, y que en la mayor parte de los distritos no se encuentra mas que un recaudador inglés para una población de quinientos ó seiscientos mil habitantes.

Esta cuestion tan grave y aflictiva para la humanidad entera, debe ser llevada ante el parlamento inglés.

LA TABLA REDONDA.

Entre las diferentes órdenes de caballería que han existido, la de *La tabla redonda* es la mas célebre por las proezas de los caballeros que formaron parte de ella.

La institucion de esta tabla, parece que se debió á un príncipe inglés, llamado Arturo, que vivía en el siglo VI, y quien segun las antiguas leyendas de su nacion, conquistó una gran parte de la Francia, y asoció á esta orden á los guerreros mas ilustres.

En Cramalot tenia Arturo su corte; allí era donde este príncipe, cuya existencia es casi fabulosa, reunía en derredor de la famosa tabla la flor y nata de los héroes de Europa.

Todos conocemos las hazañas de estos caballeros, pero son muy pocas las personas que se han tomado el trabajo de examinar las antiguas crónicas, los cuentos de hadas y de encantadores, donde solamente puede descubrirse el origen de la institucion de esta orden.

José de Arimathea, caballero judío, lleno de amor por Jesucristo, compró á Simon la copa sagrada que habían tocado los labios del Dios hombre y los de sus discípulos el día de la cena.

Semejante señal de veneracion por Cristo, no pudo menos de atraer sobre José el odio de aquellos que le habían crucificado, y por lo tanto fué metido en un húmedo calabozo y condenado á perecer allí de hambre. En este encierro

globo, buscando por todas partes el objeto de su veneracion. Su divisa era *Mi Dios, mi rey y mi dama*; se propagó por todo el mundo la fama de sus hazañas y de sus amores, y si algunos de nuestros lectores tiene ganas de conocer la his-

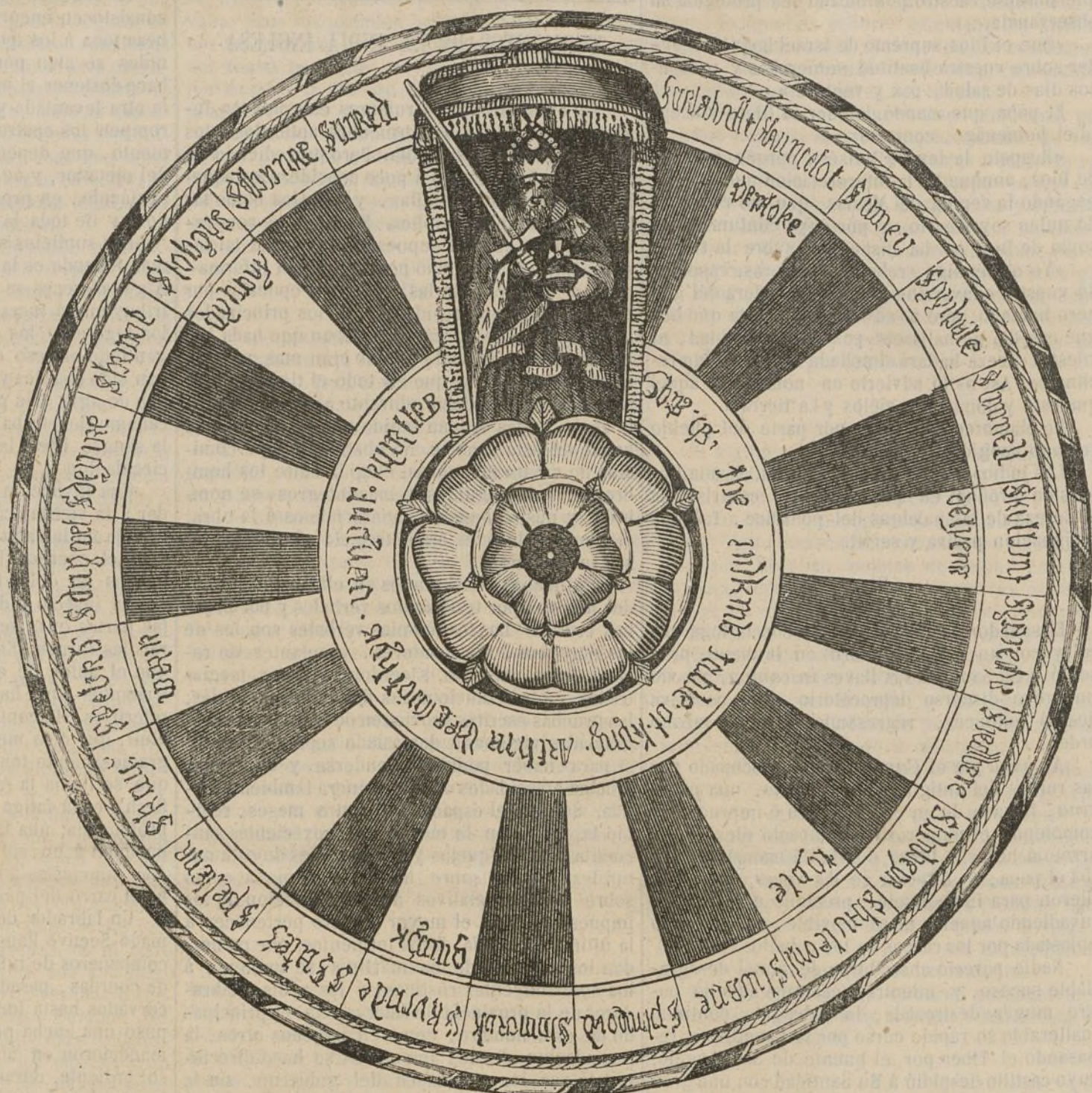


Tabla redonda.

estuvo olvidado por espacio de medio siglo, hasta la conquista de Jerusalem por Tito. El hijo de José se echó entonces á los pies del emperador, suplicándole inquiriesese la suerte de su desventurado padre; un sacerdote reveló el lugar donde se hallaba sepultado en vida; acuden á él para hacerle los funerales; abren el calabozo y le encuentran vivo, porque el precioso tesoro que había conservado, la copa sagrada, le había preservado de la muerte; había detenido para él la marcha regular de los años.

Ya libre José, quiso celebrar el aniversario de la cena, y todos los años reunía cuarenta y nueve convidados en derredor de una mesa ó tabla redonda, donde cincuenta sitios estaban señalados... Uno de ellos, que estaba vacío, recordaba aquel donde Dios se había sentado; allí se reunían los fieles cristianos, y la copa sagrada pasaba de mano en mano en honor al Salvador de los hombres; pero los siglos hicieron que desapareciesen la copa y la tabla.

Un día el sabio Merlin, amigo y protector del rey Arturo, recibe aviso de que la famosa tabla y la copa existían aun, y que á él está reservado el honor de este descubrimiento. Parece que por medio de su poder mágico la tabla fué trasladada á Cramalot; pero la copa no fué descubierta. Un poder superior le prohíbe revelar el lugar donde se halla oculta, y Arturo entonces reúne en derredor de la *Tabla redonda* á los caballeros mas famosos de la cristiandad, que tomaron por objeto de sus hazañas aventureras la conquista de la copa.

Estos caballeros se dispersaron por todo el

toria de sus aventuras y amores, no tienen mas que repasar el cuadro que ha trazado Mr. Creuze de Lesser en su poema de la *Tabla redonda*.

La tabla, de la que nosotros presentamos un dibujo, y sobre la cual aparecen grabados los nombres de los caballeros, se ha conservado en Inglaterra. En cuanto á la copa se ignora lo que fué de ella.

MISCELANEA.

LA RENTA DEL MENDIGO.—Un mendigo que padecía una ligera enfermedad, encontró un día á un individuo de su misma profesion, cuya vista causaba horror.

—¿Cuánto ganas al día? le dijo.

—Dos pesetas.

—¿Dos pesetas! replicó el otro; no daría yo mi jornal por cuatro duros si tuviese la dicha de estar tan enfermo como tú.

LA DISCRECION.—Un hombre poco discreto confió un secreto á otro, y le suplicó con mucha instancia que no dijese nada á nadie.

—Esté vd. tranquilo, le dijo, seré tan discreto como vd.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8.